

Al ÉXITO de  
**FERRAGUS (Los Trece)**

El pago que dan los hijos

de la  
COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS  
de  
LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

seguirá el de

## Bajo las garras del oro

Interesante asunto de alta moralidad.

Sana literatura.

Pida usted este libro en todas  
partes por el increíble precio de

**UNA PESETA**

¡GRAN ÉXITO!

E. VERDAGUER MORERA.—TOPÈTE, 16.—TARRASA

# La Novela Semanal Cinematográfica

**N.º 101**

**50 cts.**



**LA CASA  
EN LA SELVA**

por  
**Sylvia Gray  
y Jean Angelo**

NÚMERO EXTRAORDINARIO

**FilmoTeca**  
de Catalunya



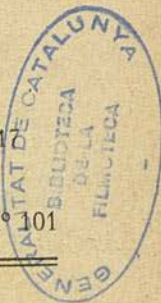
LE GRAND, Jean

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Gran Vía Layetana, 1  
Administración } Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO III

N.º 101



# La Casa en la Selva

LA MAISON DANS LA FORÊT,  
creación de

MISS SYLVIA GRAY y JEAN ANGELO

Presentaciones del



CONSORCIO INTERNACIONAL DE EXPLOTACIONES CINEMATOGRAFICAS

Por contratación comercial C. I. E. C.

CENTRAL: Aragón, 231 bis --- BARCELONA

Clasificación SUPERFILMS

Edición: LES FILMS LEGRAND

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
MARIE OSBORNE

Argumento de la película de dicho título



# LA CASA EN LA SELVA

---

## I

En Londres; la reina del Támesis, entre la densa niebla que como un tupido velo la envuelve y acaricia, en cuyas gasas agitanse seres humanos que trabajan, sienten y desean, el Sábado por la tarde parece que se aletarga y adormece. Los despachos, las oficinas, las fábricas, es decir, todo cuanto significa trabajo, cierra sus puertas y suspende su vida.

Es lo que en todo el mundo se ha dado en llamar *hacer la semana inglesa*. Podemos decir que se respeta más el sábado por la tarde que el propio Domingo.

Sin embargo, si cierto sábado por la tarde, cuando la ciudad entera parecía dormitar, hubiésemos penetrado en el despacho de Carlos Andinian, habríamos encontrado a éste sen-



Jorge prefiere la diversión a la labor fructífera...  
Jorge . . . JEAN ANGELO

tado ante su lujosa mesa escritorio, enfrascado en su trabajo personalísimo de Dirección del vasto negocio que regentaba.

Por el contrario, mientras Carlos trabaja in-

cansablemente, su hermano Jorge prefiere a la mesa de trabajo la pista de tennis, a la pluma la raqueta, la diversión en fin a la labor fructífera.

Y a pesar de sus defectos, Jorge es el hijo preferido de la Viuda Andinian... persona riquísima que al morir su esposo quedó sola con sus dos hijos y que si bien adoraba a ambos no pudo evitar la preferencia que dejamos señalada... ¿Qué madre no tiene tales debilidades?

Carlos está locamente enamorado de Sylvia, muchacha encantadora, hija de Lord Cleves. Su origen inglés por parte paterna y la sangre francesa por parte de su difunta madre, han modelado en ella un tipo ideal de mujer hermosa, sensual y elegante. Es rubia, rubia como el oro. Sus ojos, azules, y su boquita diminuta y carnosa. De carácter alegre y animado, es el ídolo de su padre que reconcentra en ella todos sus amores. Es un ídolo con dos adoradores incondicionales: su padre y su novio, a quien ella adora a su vez.

Por su parte, Jorge sostiene relaciones con una encantadora vecina llamada Rosa Turner, que corresponde con vehemencia al amor que el joven la profesa.

Pero la muchacha tiene un defecto. Defecto que debe ser pequeñísimo y sin importancia

cuando tantas y tantas mujeres lo tienen. Era coquetuela, y así eran no pocos los que creíanse con derecho a su corazón.

Mientras Carlos trabajaba con ahinco en el



Sylvia, muchacha encantadora...

despacho, Jorge estaba atareadísimo tratando de marcar un *set* a su bella contrincante.

De pronto, Rosa suspendió el animado juego y levantó la mano en el aire saludando deliciosamente a alguien que sin duda se acer-

caba pero que Jorge no podía divisar. Después acercóse a éste diciéndole:

—¿Me permites, Jorge?... Voy a saludar a Fred.

Y sin esperar contestación salió de la pista.

Jorge la siguió con la mirada. Rosa corrió por un caminito encantador, al fondo del cual esperábale el tal Fred con los brazos abiertos. Ella cayó en ellos y él estrechóla efusivamente buscando con frenesí los labios seductores de la veleta. Rosa estaba conforme con recibir un ligero abrazo, pero no en ofrecer su boca a la gula del efusivo saludante. Y debatíase con energía mientras él, exacerbado por la resistencia, forcejaba como un bruto.

Presenciar esta escena y acudir como un rayo Jorge, fué cosa que ocurrió en un santiamén. El forzado *sportman* asió al desvergonzado por las solapas de su chaqueta y, zarrandándole como un monigote, le escupió en el rostro:

—¡Tenga usted bien entendido que la próxima vez que olvide que es un ser humano, le mato como a un perro!

Fred se alejó confuso y jadeante, y quedó Jorge mirando airadamente a su prometida. Esta no sabía qué hacer, corrida por la vergüenza que la escena le producía, pero ella sabía muy bien las artes que debía emplear

para reconciliarse con el amado... y, acercándose a él mimosamente, murmuró con voz cávida:

—Jorge... bien sabes que sólo a tí te quiero...

Y mientras esto decía se apretujaba contra él y ofrecíale las mieles de su boca de grana, que él saboreó con fruición...

Pocos días después, la señora Andinian, madre de los dos muchachos, recibía una noticia inesperada. Encontrábase en Foxwood, finca espléndida que poseía en las cercanías de Londres, adonde iba con frecuencia. Carlos había quedado en la capital imposibilitado de abandonar su trabajo. Jorge, ocioso como siempre, había acompañado a su madre, con tanta mayor alegría cuanto que sabía que Rosa también se encontraba pasando unos días en la finca que la familia poseía en la vecindad.

Hallábanse madre e hijo esperando la hora del té en el amplio y lujoso salón cuando un sirviente llegó trayendo en la bandeja un telegrama.

La señora Andinian tomólo ansiosa y al leerlo tuvo un gesto de disgusto.

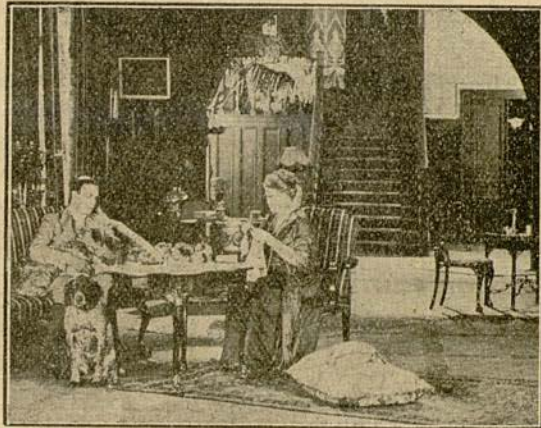
—¿Qué es ello?—preguntó Jorge con indiferencia.

Por toda respuesta su madre le presentó el telegrama que acababa de recibir y que decía así:

*Ven cuanto antes. Jaime fallecido esta noche en su finca de Veybridge.—Flora.*

—Vamos a partir inmediatamente para Veybridge—dijo atribuladamente la señora Andinian.

—Tengo cita con unos amigos para una



Hallábanse madre e hijo esperando la hora del té...

partida de caza—arguyó Jorge con displicencia—. Me reuniré contigo en Veybridge mañana, o pasado... o el otro.

A la madre, lejos de molestarle, le hizo gracia el gesto de indiferencia de su hijo; fingió enfado, pero acarició sus mejillas amorosa-

mente. Un cuarto de hora después salía en su automóvil hacia Veybridge.

Al día siguiente, Jorge, a quien importaba poco la muerte de su pariente, salía alegremente a cazar, no en compañía de unos amigos como había dicho, sino solo y displicentemente. Lo que él no quería era molestarse acudiendo donde la muerte había entrado entristeciéndolo todo.

Deseoso como siempre de ver a su adorada Rosa, acercóse como quien no lo nota hacia la finca que habitaba la hermosa muchacha no lejos de allí. Separaba los dos parques una hilera frondosísima de árboles enanos pero tupidos. Jorge abrióse paso entre aquella espesura... De pronto...

. . . . .

## EN LONDRES

Carlos disponíase a salir del despacho cuando le entregaron un telegrama urgente:

*Ven cuanto antes. Jaime fallecido.—Tu madre, Claudia.*

El joven apreciaba mucho al pariente cuya muerte súbita tan inesperadamente le anunciaban, de modo que sin pensar en ir a almorzar, dió orden al *chauffeur* de conducirle inmediatamente a Foxwood, con la esperanza de encontrar allí a su madre y partir ambos para Veybridge.

Tres horas después deteníase el coche ante la preciosa finca de los Andinian en Foxwood.

—La señora salió ya para Veybridge—dijo un viejo criado a Carlos.

Y éste disponíase a montar nuevamente en el auto del que acababa de apearse con intención de volar a Veybridge, cuando el criado detúvole respetuosamente por el brazo diciéndole con aire consternado:

—¡Ah, señorito... qué horrible desgracia!

—¡Cómo!

—Esta mañana el señorito Jorge salió de caza según había anunciado. Desde aquí se oían algunos disparos a los que no dimos la menor importancia. Pero imagínese nuestra sorpresa y dolor, al verlo comparecer al cabo de unas horas con esposas en las muñecas y escoltado por dos policías.

—¡Pero qué estás diciéndol

—Ante el Comisario que se personó aquí seguidamente—continuó el criado presa de la más intensa emoción—el señorito Jorge en presencia de todos nosotros declaró con voz entera, que al tratar de sorprender a su amada, la señorita Rosa Tournier, con ánimo de bromear, vió a ésta abrazada a un sujeto, el cual trataba brutalmente de arrancarle un beso. «Este individuo ya intentó la misma canallada otra vez—dijo el señorito Jorge—y le advertí que si reincidía le mataría como a un perro. Al sorprenderle nuevamente se ofuscó mi vista... Tenía en la mano la escopeta cargada... disparé... y le dí muerte.»

—¿Y se lo llevaron preso?—preguntó Carlos anhelante.

—Sí, señorito... La Señora no sabe nada. Tengo miedo de advertirla. Le esperábamos a usted de un momento a otro... Usted dirá lo que debemos hacer...

.....

## LA CARCEL DE PORTLAND

La famosa cárcel de Portland elévase sinies- tra e imponente entre la densa niebla que vela el islote del mismo nombre. Aquella construc- ción maldita sirve para dar tortura a millares de seres que delinquieron... Si fueran todos culpables... ¡Pero se encierra allí alguna vez a un inocentel... Y dijo un pensador: «Más vale no castigar a mil culpables, que hacerlo con un inocente.»

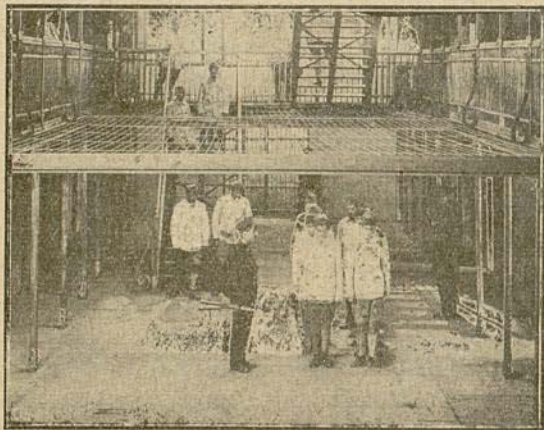
Jorge cierto era que había asesinado a un hombre... ¡Pero con cuantas atenuantes! El hecho fué, que le condenaron a cadena perpétua y en la cárcel famosa cumplía su penosa y desesperante condena.

La madre había experimentado un golpe casi mortal. Había envejecido en el año del proceso y condena de un modo superior a sus fuerzas. No parecía la misma... era la sombra de lo que fué.

Se había instalado en su finca de Foxwood.. Desde los grandes ventanales de la pose- sión magnífica que asomábanse al mar, divi-



sábase clara y distintamente la Cárcel de Portland... y la pobre dolorosa exacerbaba su agudo dolor, pasando sus horas, sus días y sus noches fija la mirada en el brumoso horizonte en cuyos confines elevábase el edificio fatal.



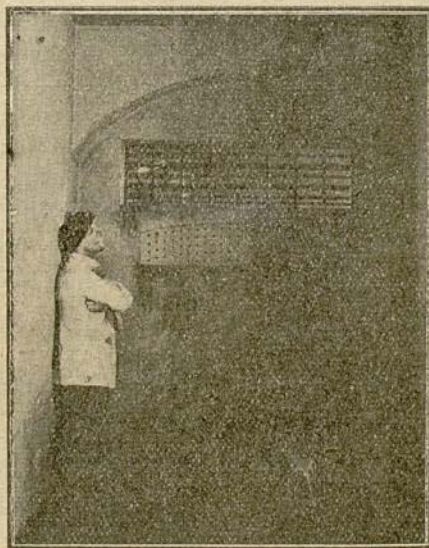
La famosa cárcel de Portland...

Carlos también había sido víctima de aquellos acontecimientos con el agravante de sumar al dolor de ver condenado a su hermano, el de que la familia de su amada se opusiera teazmente a la boda que habían concertado.

La aristoeracia inglesa es de las más severas

del mundo, y Lord Cleves no vaciló ni un instante en rechazar la mano de su única hija al que era hermano de un criminal.

Por su parte Carlos, inglés también, soportó



...y en la cárcel famosa cumplía su penosa y desesperante condena.

aquella negativa como algo lógico y natural.

—Lo siento muchísimo porque es usted un joven que merece toda mi consideración—le había dicho Lord Cleves—. Pero ya compren-

derá que después del estigma caído sobre su familia...

Y él había contestado:

—... Sí... sí. Comprendo...

No se había conformado tan fácilmente Sylvia. Mujer al fin y, por lo tanto, ser acostumbrado a vivir según los dictados del corazón, no comprendía por qué habían de negarle una felicidad que ella deseaba, porque un miembro de la familia hubiese cometido una locura... Así al despedirse de su novio susurró a su oído, a fin de que su padre no lo oyera:

— ¡Carlos... yo sigo amándote con toda mi alma!... No desconfiemos... ¡El tiempo todo lo puede!

La Señora Andinian tenía a su servicio en Foxwood a una pobre mujer cuyo hijo hallábase igualmente sufriendo condena en la cárcel de Portland. Y un mismo dolor e igual anhelo anuló distancias de clase. Señora y sierva no eran más que dos madres que trataban a toda costa de salvar a sus hijos.

Durante largo tiempo estuvieron meditando un plan de fuga. Las dos mujeres ponían en prensa su imaginación... Hasta que al fin surgió la idea luminosa en cuyos resultados confiaban con afanes de salvación.

Y había llegado el momento de poner en

práctica el plan. Contaban naturalmente con apoyos exteriores, pero éstos provenían de los más fieles colonos de la finca.

Aquella mañana los dos presos habían recibido en el interior de una pequeña masa de mármol, exactamente igual al que extraían de las canteras en que trabajaban los pobres condenados, un papel que decía:

*Todo está dispuesto para esta noche.*

Los interesados cambiaron una mirada de inteligencia que nadie pudo sorprender, y esperaron la noche con la ansiedad que es de suponer.

Y con una lentitud desconcertante, como si el sol se hiciera cómplice de los odiados guardias, llegó al fin la noche ansiada. Al retirarse los presidiarios de las canteras, en el momento de pasar por unos peñascos tan abruptos que unos hombres no se veían de otros, desaparecieron cinco reclusos.

Al llegar a terreno llano, notóse la fuga. Un grupo de guardias se hizo cargo de los que habían quedado, y un numeroso piquete lanzóse en persecución de los fugitivos.

En una canoa automóvil, navegaban a velocidad inverosímil. Sólo el faro gigantesco del acantilado iluminaba de vez en cuando en sus intermitencias a los que huían. Por su parte los guardias habíanse embarcado en

otro bote automóvil y a toda marcha seguían la estela de los evadidos acribillando la embarcación perseguida a balazos. El cuadro no podía ser más admirable; la negra noche, rasgada sólo de vez en cuando por los haces de luz del faro, parecía envolver con gasas de misterio aquella fuga y persecución desenfrenadas.

Entretanto, las pobres madres habíanse trasladado a la cabaña del colono, y allí, mudas como estatuas, sufrían horriblemente imaginándose a los hijos de sus entrañas por una de cuyas sonrisas hubieran dado su vida, perseguidos con saña como fieras salvajes.

En el mar, la canoa de los guardias ganaba visiblemente terreno. Los presidiarios, boca abajo en el fondo de la embarcación, fiaban su libertad y su vida en la velocidad de la hélice que les empujaba. De pronto sintieron un escalofrío de horror.

—¡Ríndanse!... ¡Arriba las manos!—les gritaban desde la canoa que les perseguía, situada al lado de su propia embarcación, los guardias, encarándoles sus rifles.

Un hombre pasó a poder de la fuerza, pero en aquel preciso instante, mientras los guardias estaban atareados intentando el trasbordo, los condenados emprendieron veloz carrera y de un salto la canoa se alejó como un

centenar de metros. Todos los rifles dispararon a un tiempo y dos de los fugitivos cayeron al agua. Cuando los guardias corrieron hacia ellos, la canoa ya se había alejado enormemente y todo intento de persecución resultaba inútil.

Pocas horas después, en el fichero de la cárcel, cuatro fichas de otros tantos prisioneros recibían una observación:

Ludwig Power—*Evadido*.

Jorge Andinian—*Muerto*.

Eduard Fordys—*Muerto*.

Reginald Milter—*Evadido*.

Al día siguiente, dos mujeres enlutadas entraban en la cárcel. Habían sido llamadas para identificar los dos cadáveres de los fugitivos muertos. Eran la señora Andinian y su fiel sirvienta, que al levantar el paño negro que cubría los rostros de los dos cuerpos que les presentaron, al verlos hórridamente mutilados, estallaron en dolorosos sollozos precipitándose sobre ellos...

Cuando hubo pasado la primera explosión de dolor, ambas se levantaron. Antes de marcharse lanzaron a los guardias una mirada de reconvencción que no es para descrita. Después se retiraron.

centrar de metros. Todos los riles dispararon a un tiempo y dos de los fugitivos cayeron al agua. Cuando los guardias corrieron hacia ellos, la canoa ya se había alejado enormemente y todo intento de persecución resultaba inútil.

Pocas horas después, en el número de la tarde Al día siguiente en Londres, Carlos atónito leía en el diario:

### EVASIÓN EN PORTLAND

*«Después de una encarnizada persecución, algunos han podido ser reducidos, mas otros han logrado escaparse. Han resultado muertos los reclusos Eduard Fordys y Jorge Andinian».*

Fácil es comprender el efecto que tal noticia produjo en el ánimo de Carlos. Presurosamente tomó su automóvil e hizo conducir a Foxwood con ánimo de inquirir detalles cerca de su madre.

via con Carlos como de insana alegría a sus amigos. Pero no sin que al mismo tiempo las circunstancias cambian. En el momento que nada

### LA FAMILIA CLEVES



La familia de Lord Cleves habíase instalado en París, donde pasaba cada año la primavera. Ocupaba un lujoso palacete en la Avenue des Champs Elysées.

Dada la rigidez de las costumbres inglesas, Lord Cleves prohibió a su hija continuara sus relaciones con quien tenía un hermano que sufría en un presidio, lo que sumió en el más profundo dolor a la enamorada muchacha.

Lord Cleves y su hija Sylvia habíanse hecho acompañar por Miss Blake, íntima amiga de la infancia de Sylvia, que ésta quería mucho sin reparar en que aquélla la envidiaba cruel y... cordialmente con toda el alma. Sylvia era joven, hermosísima, elegante y rica. Miss Blake era pobre, la naturaleza no había sido muy dadivosa con ella...

Además, Sylvia había conseguido el amor de un hombre. Miss Blake no había aún conseguido interesar a ninguno. De ahí que el rompimiento obligado de las relaciones de Syl-

via con Carlos, colmó de insana alegría a la envidiosa.

Pero he ahí que últimamente las circunstancias cambiaron. En efecto; muerto Jorge, nada



...prohibió a su hija que continuara sus relaciones...

se oponía a la boda de Carlos y Sylvia. Había perecido un hombre, es cierto... ¡Ah!, pero en cambio la etiqueta y los miramientos sociales estaban a salvo.

Así le fué comunicado a Carlos en cuanto

regresó de Veybridge, por Lord Cleves, con la mayor gravedad del mundo. Y Carlos no hizo comentario alguno y entregóse alborozado a la felicidad que nuevamente se le ofrecía.



Así le fué comunicado a Carlos por Lord Cleves...

Sylvia por su parte estaba loca de contento... y Miss Blake vióse en la dolorosa precisión de tragar mucha saliva.

Mientras Carlos iba de Foxwood a París para escuchar de labios de Lord Cleves la

buena noticia de su readmisión, la señora Andinian salía asimismo para Foxwood, donde pensaba enclaustrarse materialmente.

Carlos, como es sabido, tenía sus ocupacio-

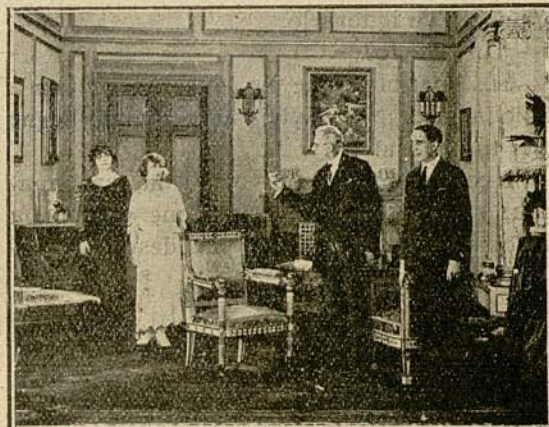


Sylvia por su parte estaba loca de contento...

nes en Londres; su novia habitaba por toda la primavera París. Los dos se amaban con locura; ningún obstáculo les separaba... ¿A qué seguir viéndose con pena, obligado el novio a hacer frecuentes y largos viajes? Decidieron

verse continuamente, y casarse aprovechando precisamente la primavera, época en que la naturaleza toda canta un himno grandioso al amor.

Una vez decidida la boda y fijado casi el día de la ceremonia que se verificaría en la mayor



y Miss Blake vióse en la dolorosa precisión de tragar mucha saliva.

intimidad por el luto de la familia Andinian, Carlos corrió a Foxwood para comunicar a su madre la fausta nueva de su noviazgo.

Pero contra lo que esperaba, su madre recibió con frialdad la notificación.

—Carlos—le dijo grave y dignamente—, ba-

sas tu dicha según veo en la muerte de tu hermano.

—No, mamá, por Dios; no es eso.

Tras estas primeras escaramuzas, la madre cogió a su hijo por un brazo y con la mayor insinuación le susurró:

—He de revelarte un secreto... Si te casas no puedes ya ignorarlo.

—¿Un secreto?

—Sí... horrible. Que no deberás revelar a nadie jamás... ¡Ni a Sylvia aun cuando llegue a ser tu esposa!

Y a continuación, con voz queda, casi apagada, empezó una narración que escuchaba Carlos dando muestras del más desconcertante estupor.

## AMOR

Pocos días antes de casarse, Carlos, que había regresado a París, muy cabizbajo, de Foxwood, cierta mañana en que efectuaba con Sylvia un delicioso paseo por los bordes del Sena famoso, dijo a su novia repentinamente:

—Sylvia... ¿me quieres mucho... muchísimo?

—Carlos... ¿aun me preguntas eso?

—Es que... un grave secreto pesará sobre nosotros... ¿Estás segura de amarme lo suficiente para respetar mi silencio?

Sylvia sonrió inefablemente... Por toda contestación ofreció sus labios divinos al que dentro de poco había de ser su dueño absoluto.

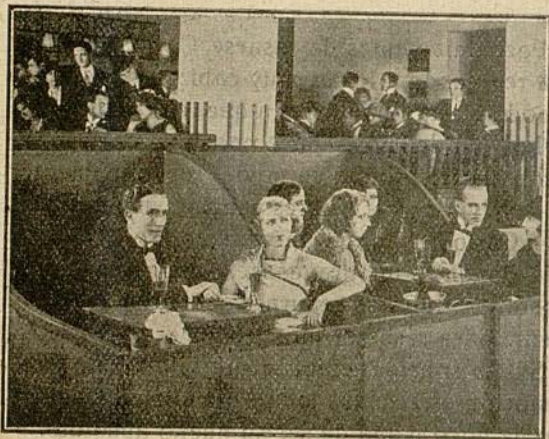
Y se casaron.

La luna de miel fué para ellos unos minutos de existencia fantástica. Visitaron los Museos, las obras de arte, el Moulin Rouge, el vicio, la alegría... y locos de música y de placer, recorrieron aquel París tentacular con delección de mariposas.

Trágica fué la interrupción de aquella vida

de ensueño. La señora Andinian, gravemente enferma, solicitaba la visita de su hijo.

Carlos y su esposa corrieron, o por mejor decir, volaron a Foxwood, donde encontraron a la pobre señora casi en trance de muerte. El disgusto, la zozobra, el dolor que le había cau-



Visitaron el "Moulin Rouge"...

sado la penosa historia de Jorge la habían abatido en poco tiempo. Aquel hijo preferido que había sido su razón de ser, parecía ser la vida de la pobre madre.

Fué en vano que tanto Sylvia como Carlos le prodigaran sus caricias y cuidados... la se-

ñora Andinian, como vulgarmente se dice, «se iba».

Próxima ya a exhalar el último suspiro, demostró grandes deseos de hablar a solas con su hijo. En cuanto lo hubo logrado, no bien se vió frente a frente con el que sabía el secreto que ella conocía, le dijo con voz solemne:

—Hijo mío... siento que voy a morir... ¡Júrame nuevamente que no revelarás el secreto!... ¡Ni a tu propia esposa!

Y poniendo tan intensa expresión en los ojos pronunció lo que el labio profirió tan sutilmente, que Carlos aun comprendiendo que ello podía irrogarle serios pesares—pues nada hay más terrible que tener que guardar secretos para con la esposa del corazón—, levantó la mano y juró.

La madre tuvo una sonrisa inefable... Estrechó la mano de su hijo y, como para darle las gracias, dióle con el último suspiro lo que le quedaba de vida.



## PRIMERAS NUBES

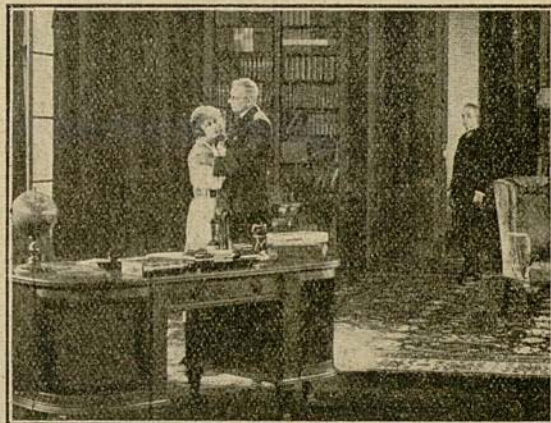
A la muerte de la señora Andinian, Carlos, su esposa, su padre Lord Cleves y Miss Blake habían ido a pasar una temporada en Foxwood.

Lentamente disipábase el dolor producido por la muerte de la virtuosa señora Andinian, pudiendo Sylvia y Carlos saborear con fruición la felicidad que les embargaba. Lord Cleves gustaba mucho de la vida apacible, tal como se deslizaba en la hermosa propiedad... Sólo Miss Blake estaba intranquila y de mal humor, indignada tácitamente por la felicidad que gozaban quienes la habían invitado a pasar una temporada con ellos.

La radiante felicidad de su amiguita de la infancia la ponía nerviosa. Y sin casi ella apercibirse, trataba de buscar cualquier motivo que pudiera ser causa de que aquella se aminorara.

En tan innoble afán, tiempo hacía que había descubierto, o por mejor decir, observado que Carlos efectuaba misteriosas y frecuentes sa-

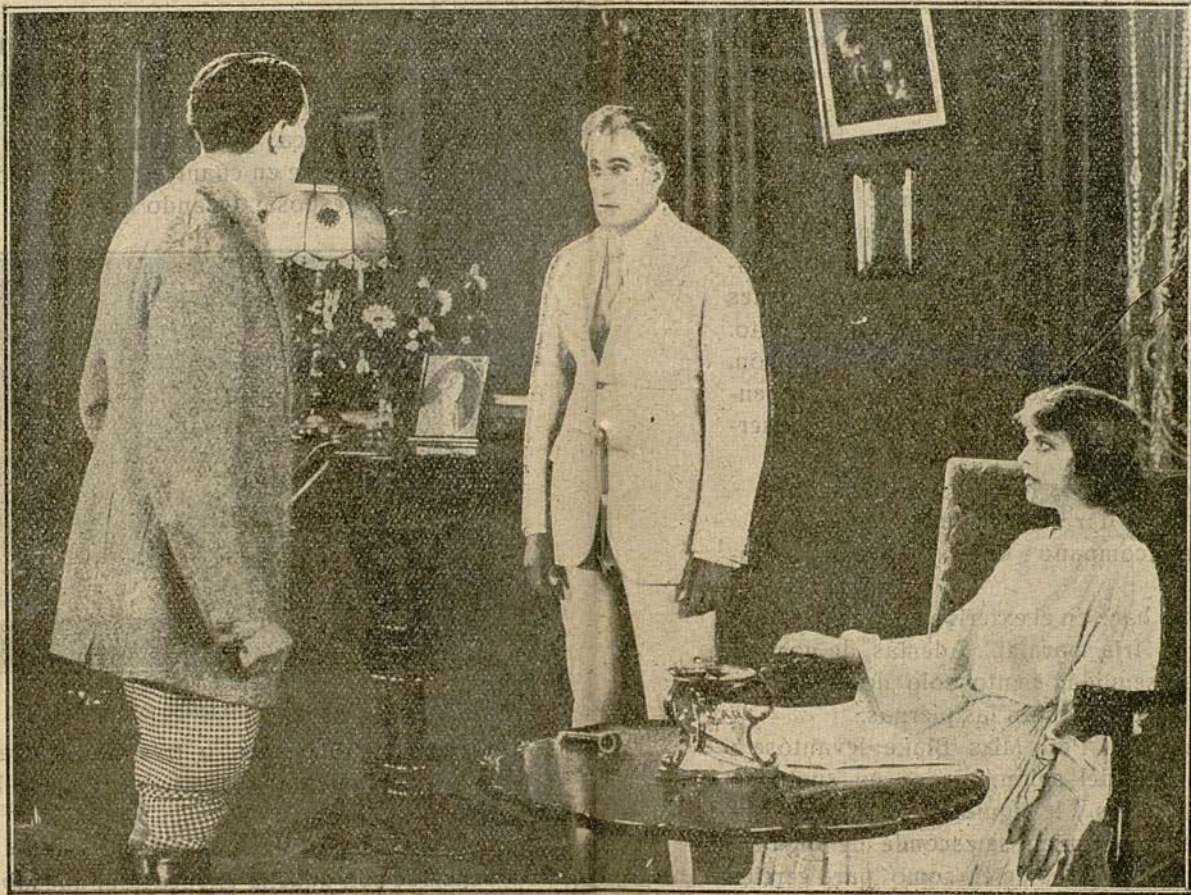
lidas ya de día ya de noche. Los más fútiles pretextos servíanle de excusa para efectuar largos paseos por el frondoso parque que circundaba la finca, paseos que se acortaban automáticamente en cuanto los hacía acompañado de su esposa. Cuando iba solo a veces



...habían ido a pasar una temporada en Foxwood.

permanecía fuera dos o tres horas. Cuando volvía argumentaba que había llegado hasta la Selva.

Y Miss Blake que tenía empeño en no vencerse con aquella explicación, quedaba altamente intrigada y decidía al fin efectuar una visita por la famosa Selva, verdadero bosque



Aquella noche debí haber desaparecido!

salvaje que lindaba con la finca, propiedad de los mismos propietarios, que adquirió el fallecido señor Andinian para sus cacerías que le hicieron famoso en Londres.

Cierta noche, la familia hallábase reunida en un elegantísimo y rico salón de confianza. Sylvia tocaba deliciosamente el arpa. Sus brazos desnudos revoloteaban por entre las doradas cuerdas del instrumento como cisnes blanquísimos presos en una jaula de encanto. Lord Cleves leía plácidamente en un rincón. Carlos fumaba nerviosamente, y con frecuencia consultaba su reloj. Miss Blake le observaba.

De pronto Carlos levantóse y dijo:

—Me voy a dar una vuelta por el bosque.

—Yo te acompaño—dijo Sylvia con naturalidad.

—Hijita, hace en el exterior una temperatura demasiado fría para ti... Además, de noche... Vuelvo en seguida, siento sólo deseos de desentumecer un poquitín las piernas.

Y se marchó. Pero Miss Blake levantóse a su vez, salió del salón, púsose un suntuoso abrigo de pieles y le siguió.

Carlos, como quien se esconde de alguien, miraba receloso tras de él como para cerciorarse de que nadie le seguía.

Llegó hasta el confín del parque, abrió con

una llavecilla que llevaba una pequeña verja y perdióse entre las sombras de la intrincada selva.

Miss Blake quiso seguirle, pero sintió miedo.



—Yo te acompaño—dijo Sylvia con naturalidad.

Sin embargo, aventuróse un poco, escudriñó por los alrededores y ya se disponía a volverse cuando parecióle descubrir no muy lejos el resplandor de luces.

La vista de la luz da ánimos al más pusilánime. Recobró bríos y encaminóse resueltamente hacia el punto brillante que, agrandándose cada vez más, fué tomando la forma de una ventana irradiando luz que destacaba la silueta de una casita encantadora situada en medio de un pequeño claro del enmarañado bosque.

Y no pudiendo ya reprimirse, Miss Blake no vaciló en convertirse en espía para informarse de lo que no le importaba.

Acercóse cautelosamente. Recostado en la ventana había un hombre, en el cual reconoció inmediatamente al Administrador de la familia Andinian.

—No conocía este pabellón, señor Smith—dijo Miss Blake dirigiéndose a él—. Me gustaría visitar esta parte de la finca... ¡Qué bosque tan frondoso y salvaje!

—Es una verdadera selva...—repuso naturalmente el Administrador—. Puede usted visitarlo si le place... Pero... es muy frondoso y laberíntico... No debería aventurarse a estas horas...

Y como quiera que la noche era negra e imponente, y que en lontananza los buhos y las lechuzas entregábanse a sus nocturnos cantares, Miss Blake no quiso arriesgarse, despidióse y se marchó.

El Administrador, no bien se vió solo, corrió al teléfono y celebró una extensa comunicación.

LA CASA EN LA SELVA

Al día siguiente, Miss Blake levantóse muy temprano y dispúsose a visitar la misteriosa selva. Desearía descubrir algo que pudiese interesar a Sylvia, su encantadora amiga.

Llegó sin dificultad hasta el pabellón del Administrador, que por desgracia de no encontrarse con él, y habiéndose por lo tanto escapado con facilidad para ver si descubría algo.

Rato hacía que caminaba cuando percibió en lontananza la voz de una mujer que entonaba una canción de una melódica seducción. Acercóse más y más... y cual no sería su sorpresa al divisar entre el ramaje la vistosa silueta de un árbol precioso que elevábase en medio de una lancha encantadora. Echó a correr hacia la casa, pero a pocas pasos salió al encuentro un anciano encorvado por el peso de los años y que caminaba penosamente.

Miss Blake dirigióse a él con ánimo de investigar algo, pero el buen anciano era más

## LA CASA EN LA SELVA

Al día siguiente, Miss Blake levantóse muy temprano y dispúsose a visitar la misteriosa selva. Deseaba descubrir algo que pudiera *interesar* a Sylvia... ¡Encantadora amiga!

Llegó sin dificultad hasta el pabellón del Administrador, que bordeó deseosa de no encontrarse con él, y fué internándose por el bosque escudriñando con atención para ver si descubría algo.

Rato hacía que caminaba, cuando parecióle percibir en lontananza, la voz de una mujer que entonaba una canción de una melodía seductora... Acercóse más y más... y cuál no sería su sorpresa al divisar entre el ramaje, la vistosa silueta de un chalet precioso que elevábase en medio de una llanura encantadora. Echó a correr hacia la casa, pero a pocos pasos salióle al encuentro un anciano encorvado por el peso de los años y que caminaba penosamente.

Miss Blake dirigióse a él con ánimo de investigar algo, pero el buen anciano era más

sordo que una campana y aun parecía no muy lúcido. Sin ella apercibirse la acompañó hacia la casa del Administrador que estaba bastante lejos de allí, después alejóse dejando perpleja a la indiscreta.

En aquel momento apareció en el umbral de su puerta Smith, el administrador.

—¡Cómo! ¿Usted por aquí otra vez, señorita Blake?

—Sí, yo, que he tenido la sorpresa de descubrir en mitad de esta selva impenetrable, un lujosísimo chalet. Me he encontrado con un hombre que parecía tonto; no he podido sacar nada en limpio.

—Yo por mi parte sólo puedo decirle que el chalet que usted menciona está habitado por la señora Rensteing, la cual paga muy puntualmente sus alquileres... Lo demás no me importa.

El administrador pronunció estas últimas palabras con tanta intención, que Miss Blake dió media vuelta y se alejó airadamente.

Ya sabía lo bastante para sospechar las cosas más inusitadas. No obstante no tenía ningún indicio real que pudiera comprometer a Carlos. Y desde aquel día no pensó más que en obtenerlo.

Durante mucho tiempo, no había podido descubrir nada... pero una noche, Carlos, des-

pués de dar muestras de la mayor nerviosidad, abandonó el salón que de costumbre pasaba a ocupar después de cenar la familia, y salió al jardín.

Miss Blake le siguió, y esta vez, como ya conocía algo los parajes, no se intimidó ante la selva imponente sino que siguió cautelosamente espiando al marido de su amiga.

Carlos caminaba lentamente como si sospechara que alguien le vigilaba. Sin duda su Administrador le había puesto en antecedentes de la actitud de Miss Blake.

A pesar de sus precauciones, Carlos no observó que le acechaban, y así la espía vio como entraba en la famosa casa de la selva.

Al poco rato, salía acompañado de una mujer encantadora. Ambos parecían muy preocupados y no cesaban de hablar. Por más esfuerzos que hacía Miss Blake no conseguía sorprender la menor palabra. Pero en realidad no lo necesitaba.

Estaba ya satisfecha con lo que había descubierto. Al fin Miss Blake había conseguido sus propósitos: descubrir el misterio de las salidas de Carlos y comprobar que eran citas amorosas... ¡para contárselo a Sylvia!

Aquella perversa amiga, en cuanto hubo efectuado su descubrimiento, apresuróse a regresar a la «Villa», a fin de poder zaherir a la

que sin querer la había tantas veces mortificado con su felicidad diáfana.

Sylvia estaba en su tocador, acondicionando admirablemente su cabellera magnífica para que diera más realce a su belleza sin par. Miss Blake entró en la estancia dando muestras de la mayor confusión y disgusto, ocultando mañosamente la perversa alegría que disfrutaba diabólicamente saboreando de antemano el espectáculo de la tristeza y disgusto de la joven esposa.

—¡Ay, Sylvia...!—empezó a decir hipócritamente—. ¡Sin querer... he descubierto una cosa horrible!

Ya se comprenderá que ante este preámbulo, Sylvia abandonó su deliciosa ocupación para acercarse a su amiga e insistir rogándola que le contara «aquello» tan horrendo que había visto.

—No quisiera producirte pena... pero...—balbució la perversa.

—¿Pero no comprendes que aun estoy más intranquila ante esta vacilación tuya?

—Pues verás... Fué una verdadera casualidad... ¿Daría cualquier cosa por no haber visto nada!

—Por Dios ¿acabarás de una vez?

Y entonces con voz vacilante y fingiendo el mayor pesar, Miss Blake vertió sobre el aman-

te corazón de la infeliz, todo el virus que corroía su envidioso corazón.

Inútil decir que a medida que Miss Blake iba hablando, Sylvia veía como bajo sus pies



—No quisiera producirte pena... pero...

abríase un abismo en cuyos bordes encontraba, próxima ya a caer en él. Pero la pérfida amiga no tuvo compasión de aquel dolor tan sincero y, pesando sus palabras, contó cuanto había visto en la Casa de la Selva.

Cuando la malvada hubo terminado su antipático cometido, salió de la habitación dejando a Sylvia entregada al más inconsolable dolor.

Poco después, llegaba Carlos, que como de costumbre y con la mayor naturalidad dirigióse a dar un beso y a prodigar una caricia a su esposa. Pero en contra de la costumbre, Sylvia le recibió fríamente y después de vacilar unos instantes le lanzó en el rostro:

—¡Carlos... Carlos mío...! ¿por qué me traicionas?... ¡Dios mío, sufro tanto!.. ¿Dónde vas cuando sales y con tanta frecuencia?

Grande fué la sorpresa de Carlos al oír las expresiones de su mujer e, incapacitado para pronunciar una respuesta pronta, prefirió guardar silencio.

—¡Y callas!—exclamó la infeliz prorrumpiendo en amargo llanto—. Carlos... te amaba tanto... En cambio tú ya no me quieres...

—¡Sylvia... Sylvia de mi alma!—gritó a su vez Carlos consternado y disgustado por aquella actitud súbita e inexplicable de su esposa—. ¿Qué sospechas?... ¿qué temes?... Yo también te quiero... como el primer día de nuestro matrimonio... ¡como nunca mujer alguna fué amada!

—Pues... ¿adónde vas todas las noches?...

Dime que han mentido... habla... ¿Quién es esa mujer que te cita?

Carlos no respondió... parecía confuso, anonadado.



—Pues... ¿adónde vas todas las noches?

—Carlos, bien mío—proseguía Sylvia gansosa de obtener una explicación satisfactoria—... mira que nuestra felicidad anda en juego... ¡Por Dios, habla!

El la miró un instante intensamente, decidi-

do a pronunciar una excusa, una explicación... pero pareció arrepentirse de momento, como si una voz oculta le hubiera obligado a guardar silencio en el acto.

—No puedo—murmuró—no puedo... Harto sabes que un secreto que no me pertenece sella mis labios.

Sylvia clavó en los suyos sus ojos aterrados, y estallando su desesperación exclamó:

—Todo es cierto... todo... ¿Qué esposo guarda secretos de esta índole para su mujer? Tú tienes una amante... ¡Ya no me quieres!

Y un llanto convulso agitó su pecho y sus hombros purísimos, mientras Carlos, como si no tuviera valor para presenciar tan doloroso cuadro, se retiraba a sus habitaciones.

Al ver que se marchaba, Sylvia tuvo si era aun posible un mayor exceso de dolor, cayó de hinojos ante la puerta que se había cerrado tras él y lloró convulsa y copiosamente.

Después secáronse como por encanto sus lágrimas, pero con voz entrecortada por el dolor y la pena dijo como implorando piedad, tratando desesperadamente por este medio de obtener la explicación que anhelaba:

—Carlos... Carlos... perdona mi violencia... Tengo confianza en tí... Pero ¿por qué guardas este silencio que me mata?

Ante tan punzante súplica, Carlos, que esta-



ba en la habitación contigua, desesperándose en silencio, tuvo un momento de vacilación. En efecto, ¿tenía derecho a guardar silencio ante una acusación como aquella aun tratándose de respetar un secreto?... Pero ¿acaso no había jurado ante el lecho de muerte de su adorada madre el no revelarlo *ni a su esposa*? ¿Qué secreto había sido aquel?, o mejor dicho, ¿cuál era?... ¿Qué relación podía tener una mujer que tan misteriosamente habitaba la casa de la selva con el secreto de su madre?

Carlos no tuvo valor para faltar al juramento... Acercóse hacia la puerta... y:

—No puedo... no puedo —murmuró.

## EL SECRETO DE LA SEÑORA ANDINIAN

Una noche, en la Casa de la Selva, había reunidas tres personas.

La habitación que ocupaban era lujosísima y confortable, uniendo la comodidad más práctica al gusto y riqueza más exquisitos. Eran dos hombres y una mujer. Uno de los hombres era Carlos Andinian, que decía a sus interlocutores:

—Nada ganaría faltando a mi juramento. Sylvia sufriría horriblemente conociendo el secreto. No podéis imaginaros lo que significa para una inglesa el contar en su familia con un presidiario... No, no... me despreciaría demasiado y prefiero que dude de mi fidelidad.

Al oír estas palabras, el otro hombre levantóse, llevó la mano a su frente y pareció vacilar... Apoyóse en el respaldo del sillón... Cuando apartó la mano del rostro, viéronse distintamente las huellas de unas lágrimas. En seguida la mujer corrió hacia él, prodigándole caricias y palabras de consuelo, al igual que

Carlos, que, arrepentido de las palabras que había pronunciado inhábilmente aclaró:

—No debes afligirte, Jorge. Nuestra madre al fingir reconocerte en aquel cadáver mutilado, te salvó para siempre. Yo sabré sacrificarme para no perderte.

En efecto, Carlos hallábase ante Jorge, el hermano que todos creían muerto en la famosa fuga de Portland. Entre la confusión de los que huyeron, los que fueron apresados y los que fueron muertos, Jorge, contándose entre los primeros, pasó entre los segundos. Su madre fingió reconocer el cadáver que le presentaron, y cuya larga permanencia en el agua había desfigurado completamente el rostro. Conseguido el equívoco por parte de la policía, ya no fué cuestión más que de ocultar cuidadosamente al evadido. De ello encargóse la señora Andinian. Jorge salió para Australia con pasaportes falsos, de la que regresó al cabo de diez años completamente cambiado... Pero había contraído en la inhospitalaria tierra una enfermedad crónica que le imposibilitaba trabajar. Entonces fué cuando su madre mandó construir en lo más intrincado de la selva de su propiedad el vistoso *Chalet* en el cual sorprendémosle nosotros al empezar el relato del presente capítulo.

—Cuando conseguí fugarme — decía Jorge

penosamente, ahogado por el dolor—, debí haber huído con Salter, el hijo de la sirvienta de mi madre... pero no podía hacerlo... me había casado secretamente con Rosa pocos días antes de entrar a sufrir condena.

Rosa Tourner, que tal era la abnegada mu-



—Gracias... gracias—murmuraba Jorge.

jer que con su sacrificio había purgado sublimemente sus ligerezas que tan terribles resultados habían acarreado, corrió hacia él diciendo:

—Jorge mío... no pienses más en tan dolorosos recuerdos... estás enfermo y no te conviene agitarte.

—Sí, enfermo... muy enfermo... afortunadamente me quedan pocos días de vida... ¡Aquella noche debí haber desaparecido para no ser un estorbo!...

—Jorge—interrumpió Carlos conmovido—tú no eres para mí un estorbo. Sólo hablé como lo hice para convenceros de que no ganaría nada faltando a mi juramento como tu me autorizabas a hacerlo viendo lo ocurrido entre Sylvia y yo.

Los tres se estrecharon las manos.

—Gracias... gracias —murmuraba Jorge—sois muy buenos los dos para conmigo.

## LA POLICÍA Y LA ANTIGUA PRESA

Algunos días después, Carlos recibía una visita no muy agradable. Hallábase tomando el café en el jardín en compañía de Sylvia y de la hijita de ambos, supremo bien de los esposos que había borrado no pocas diferencias conyugales.

Sylvia se había calmado un tanto, y había pasado la tormenta producida por la vil delación de la desleal amiga. Ello no quiere decir que no había olvidado tan delicada cuestión de la mayor importancia para ella, sino que había ido conformándose, sin abandonar la idea y el deseo, mejor dicho, la necesidad de conocer el secreto que con tanto tesón le callaba su esposo.

Un criado acercóse a Carlos y presentóle la siguiente tarjeta que colmó de estupor al joven:

Jack Pickmon  
Detective

Pocos minutos después, Carlos recibía aquella visita en un saloncito de confianza. El

policía, muy correcto y expresándose con el mayor respeto, empezó a decir:

—Se ha recibido una denuncia anónima en «Scotland Yard», que nos hace suponer que en su casa de la Selva, hoy ya conocida por todos, se oculta un hombre cuyos indicios corresponden con un antiguo fugado de la cárcel de Portland.

A duras penas Carlos pudo dominar un sobresalto. Lo que menos esperaba era una comunicación de aquella índole. Acertó no obstante a fingir la mayor indiferencia y pudo decir con voz tranquila:

—Puedo asegurarle que no habita en aquella finca más que la señora Rensteing y sus criados.

Detúvose un instante; después agregó sonriendo:

—Sólo voy alguna vez a dar un paseo por allí. Y precisamente porque habita en el *Chalet* una señora sola... he tenido algunos disgustos de índole particular con mi esposa.

En aquel instante entraba Sylvia, deseosa de conocer a qué obedecía la visita inesperada cuyo anuncio había sorprendido tanto a Carlos. Pudo escuchar las últimas palabras de su esposo así como la réplica del detective que dijo con tono seco sin salirse no obstante del mayor respeto:

—Bien quisiera creer lo que usted me dice y personalmente puedo afirmarle que lo creo. Pero las órdenes que tengo son precisas y debo efectuar un registro en aquella propiedad.

—Tiene usted mi autorización para efectuarla. En cuanto a su propietaria, la señora Rensteing, no dudo de que se la concederá asimismo fácilmente.

Pickmon saludó y salió de la estancia.

Sylvia, que había deducido de lo que se trataba, no bien encontróse a solas con su marido, pasó por el cuello de éste sus brazos desnudos, lo atrajo hacia sí y con voz insinuante y mirándole de un modo inefable en los ojos, con una mirada en que iba el ruego, la súplica, el dolor y el cariño, le dijo:

—Carlos... ya ves cuan graves disgustos puede ocasionarnos esta misteriosa mujer... Por nuestro bien, por el tuyo, expúlsala de aquella casa... podríamos aún ser tan felices...

—Sylvia, por Dios, tú no sabes lo que estás diciendo... no puedes comprender... ¿por qué no me tienes confianza?

## LA ALARMA

En la Casa de la Selva, Jorge, desde hacía varios días, estaba abatidísimo. La enfermedad que le corroía progresaba de un modo alarmante. Pero hay que confesar que este progreso no obedecía a la gravedad de la dolencia sino a que Jorge atligidísimo por las penas que había sufrido y especialmente en los últimos tiempos, viendo que era un obstáculo para la felicidad de su hermano, había descuidado voluntariamente y casi exprofeso el cuidar su salud, presenciando con amarga alegría los progresos que hacía la enfermedad.

—El problema que he planteado en el hogar de mi hermano —decía con frecuencia a su esposa— hace mi vida insoportable... Si no recurro al suicidio, es porque tengo confianza en las afirmaciones del médico...

Y las «afirmaciones del médico» eran de que los días de su vida eran pocos. De ahí que cuando Rosa le oía hacer aquellas manifestaciones, pusiérase a llorar desesperadamente y tratara de convencer siempre en vano

a Jorge de que desistiera de tan bárbaro sacrificio de su vida.

Como de costumbre, hallábanse después de cenar Rosa y Jorge sentados el uno junto al otro, hablando ella con optimismo de futuros días, y él ennegreciendo aquellos brillantes proyectos con su desesperado pesimismo.

De pronto llamaron nerviosamente y con insistencia. A los pocos momentos entraba jadeante Carlos. Vestía traje de montar a caballo; estaba sudoroso y agitado.

—Es preciso estar sobre aviso—dijo sin saludar siquiera—: una denuncia anónima ha llegado a «Scotland Yard».

Jorge se levantó y se puso pálido como un cadáver.

—¡Qué estás diciendo!

—No hay un momento que perder; es posible que la policía me siga los pasos.

Jorge precipitadamente salió de la estancia, subió por la lujosa escalera que conducía a los pisos superiores y dando vuelta al pomo del primer rellano, esperó un segundo y un «placard» de la pared corrióse dejando a la vista la entrada de una profunda galería. Jorge desapareció por allí y descendiendo el «placard» nuevamente todo volvió a quedar como antes.

Entretanto Carlos y Rosa hacían desaparecer todo indicio que pudiera revelar en la es-

tancia que había ocupado minutos antes Jorge, la presencia de otra persona que no fuera Carlos o Rosa.

Habían hecho bien en tomar precipitadamente aquellas precauciones. Unos momentos después el detective Pickmon al frente de un piquete de policía llamaba a la puerta.

Carlos salió a recibirle y dando muestras de la mayor extrañeza y cierta indignación dijo acremente:

—No acierto a explicarme su insistencia, señor Pickmon... Ya tuve el honor de comunicarle que en esta casa habitaba única y exclusivamente la señora Rensteing.

—Y yo también de decirle que aun dando crédito a sus manifestaciones, no podía dar por terminada esta investigación sin practicar un minucioso registro en la casa.

—Está bien... Voy pues a presentarle a la señora Rensteing.

Rosa, fingiendo la mayor indignación, otorgó al policía autorización de registrar la casa, y Pickmon disponíase a hacerlo cuando observó sobre un fumador la pipa de Jorge todavía humeante. Carlos, que vió por un espejo el gesto del policía, tiró rápidamente al suelo el cigarillo que fumaba y dirigiéndose negligentemente al fumador, tomó la pipa y la colocó

en sus labios. El detective le miró de un modo extraño... y seguidamente salió.

El registro fué minucioso. Pickmon visitó todas las dependencias de la casa sin dejar de husmear en el menor rincón. Al penetrar en el cuarto del matrimonio, inmediatamente se fijó en la cama grande que había en la habitación. Carlos, que seguía ansiosamente el registro, palideció al ver la deducción que el detective sacaba de tal hallazgo, y díjole acercándose a él:

—Supongo que no tendrá usted la indelicadeza de interrogar a la señora Rensteing sobre la circunstancia de dormir en una cama grande...

El detective no contestó.

Dispúsose a visitar el piso alto y a dicho objeto empezó a ascender por la escalera. Al llegar al primer rellano tropezó y agarróse fuertemente en el pomo de la escalera, el cual dió media vuelta. Aun no repuesto de la extrañeza por el movimiento giratorio del pomo, Pickmon observó en la pared un ancho boquete que al parecer daba acceso a una galería secreta.

Inmediatamente penetró en su interior. Carlos quedó como atontado. Lo que durante tantos y tantos años había permanecido se-

creto para todo el mundo ¿iba a ser descubierto al fin?

Pero poco después salía Pickmon con expresión contrariada. No había encontrado el menor indicio. Carlos no se atrevió a interrogarle. Por el contrario, así como hasta entonces había estado siguiéndole para tratar de distraerle y subsanar el mal efecto del hallazgo de cualquier indicio, ahora decidió abandonar al detective a sus propias pesquisas temeroso de delatar con su emoción lo que tanto empeño tenía en ocultar.

Poco rato después, Pickmon entraba en el saloncito en que se hallaban reunidos Rosa y Carlos.

—Efectuado el registro—dijo—voy a retirarme junto con mis policías.

—¿Ha encontrado usted algo de lo que sospechaba?—dijo Carlos con aire de triunfo y reconvencción.

—Debo declarar confuso que nada encontré en esta casa... pero—agregó con intención—no dejará usted de confesar que es muy misteriosa...

Y Pickmon se retiró convencido de que la señora Rensteing era una vulgar aventurera que había tomado sus precauciones para ocultar su vida licenciosa cuya última locura eran sus amores con Carlos.

No bien se hubo marchado el detective, Carlos y Rosa se precipitaron al jardín que recorrieron como si buscasen a alguien. Hacia ellos venía el hombre viejecito que ya había encontrado cierta mañana Miss Blake; aquel sordo medio tonto.

—Ya estamos solos —díjole con alegría Rosa.

Entonces el viejecito irguióse y arrancándose la barba y la peluca, apareció en su rostro, la faz de Jorge.

Todos se felicitaron efusivamente del feliz resultado de aquel incidente. Carlos se despidió seguidamente, pues tenía prisa en reintegrarse a su casa, donde Sylvia estaría sin duda entregada a las más negras ideas, montó en su caballo y desapareció entre la espesura de la selva.

Rosa quiso celebrar el afortunado desenlace bebiendo con su esposo unas copas de champaña. Púsose el traje que más realzaba su belleza extraordinaria. Jorge la contemplaba como a un ídolo... sin embargo, no brillaba en sus ojos la alegría. Parecía pesumbroso en extremo, triste, como el que está sordamente desesperado. Jorge no podía ser feliz... La angustia, la implacable enfermedad que él mismo había descuidado expresamente, corroían su organismo.

Rosa, que hacía lo imposible para animar a su esposo, acercóse a él acariciándole y susurrándole:

—Jorge... Jorge mío... te quiero... ¿Es que no eres feliz conmigo?

—No digas esto, Rosa; bien sabes que te adoro... pero soy muy desgraciado... No sé lo que me pasa... sufro... Sin embargo, en estos momentos siento algo extraño... como una transfiguración...

Los dos esposos embriagábanse mutuamente arrastrados en los espacios de la fantasía por un amor infinito flagelado por el dolor de toda una juventud...

—Rosa... tengo sed de poesía... de música— le decía él—¿si tú quisieras cantar un poco?...

Ella no se hizo repetir el ruego. Sentóse ante el piano y sus dedos, nacarinos compitiendo en bláncura con el nítido marfil del piano, empezaron a recorrer aquellas teclas, arrancando del instrumento una melodía excelsa... Poco después su voz purísima elevábase como un fantasma etéreo y sublime inundando de poesía, de arte y de luz el ambiente.

Jorge estaba como extasiado... De pronto sus ojos nubláronse... levantóse y con paso torpe dirigióse hacia ella... Le tomó la cabeza con las manos... acallóse la música... sonó un

beso... Luego un grito... más tarde el ruido de un cuerpo que cae pesadamente en tierra.

—Jorge... ¡Jorge mío! — gritaba la infeliz Rosa viendo tendido a sus pies al esposo de su corazón...

Carlos no bien pudo dejar a su esposa des-



—Rosa... tengo sed de poesía... de música...

cansando, volvió presurosamente a la casa de la selva.

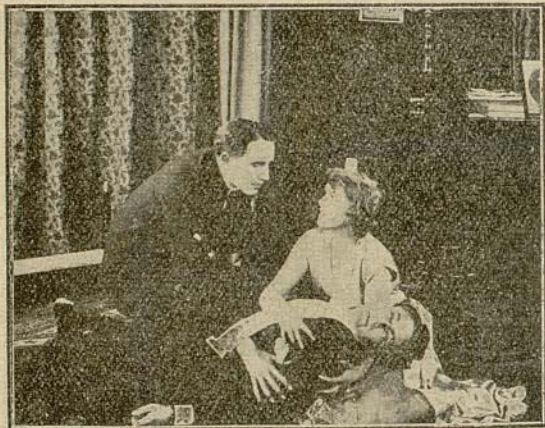
Su llegada coincidió con la entrada en la agonía de su hermano... Corrió presurosamente hacia el grupo formado por Rosa y el moribundo.

Jorge abrió los ojos. Estaban completamen-



te vidriosos; respiraba afanosamente; de su garganta escapábanse sonidos que semejaban silbidos...

—He hecho cuanto he podido —dijo con voz débil el moribundo— para llegar a este desenlace... Sólo deseo que Carlos sea feliz con Syl-



¡Había dejado de existir!

via... Es bueno y lo merece... En cuanto a ti, mi buena Rosa... tampoco puedo consentir que yo sea por más tiempo el lastre pesado de tu juventud radiante... Tu vida al lado de un ex presidiario ha sido un continuado sacrificio... y yo sufría viéndote sufrir... Ahora todo que-

dará aclarado... Vivirás con Carlos y su esposa... pasará el tiempo... y aun puedes ser feliz...

—¡¡Jorge!!

Todo fué inútil...

¡Había dejado de existir!

## EPILOGO

En la casa de Carlos había renacido la calma y la felicidad. Cuando Sylvia comprendió la abnegación de Carlos al guardar el terrible secreto para ser fiel a un juramento y no producir a ella misma la pena de saber que en la familia había un presidiario, pidió perdón, confusa, a su esposo y en su ánimo concibió por él más cariño, si era posible, más admiración desde luego.

Pasaron tres años. Rosa era una verdadera hermana para Sylvia y ésta a su vez le profesaba el mayor cariño.

La hijita del matrimonio tan dichoso ahora después de la borrasca, celebraba su cumpleaños. Con dicho motivo Carlos organizó un festival infantil en su finca de Blikcastle... La alegría más bulliciosa reinaba allí; los niños y sus familias festejaban ruidosamente la alegría del vivir. Carlos y Sylvia estaban locos

de contento viendo la dicha de su pequeño tesoro...

Y hasta Rosa, aquel día encantador, empezó a sonreír...

FIN

Prohibida la reproducción)

---

PRÓXIMO NÚMERO:

La dramática producción

# La Princesa Demidoff

por LYA MARA

Asunto altamente interesante.

---

Postal-fotografía:

## Lewis Stone

---

**La Novela Semanal Cinematográfica**

Sale todos los miércoles. Precio: 25 céntimos

---

Este número ha sido sometido a la previa censura militar.